

LETRAS Y ARTES

SILUETAS

"FAGUS"

Ha muerto "Fagus", el último de los poetas malditos de París. El primero lo fue François Villon, el autor del famoso "Testamento lírico de burlescos e irónicos legados, el cual desapareció misteriosamente en una oscura noche de mil cuatrocientos.

"Fagus" era el pseudónimo con que firmaba sus trabajos el original poeta Félix Fayet, el más popular de París en estos últimos tiempos, por su anacronismo literario y lo extravagante de su indumentaria que evocaba en las gentes una vieja estampa de Verlaine, Nerval o Mürger.

Bien recuerdo su aspecto. Le conocí una tarde lluviosa en un marco adecuado: en el romántico Café de los Vosgos, de París. En el ambiente penumbroso de la saleta montparnassiana aun parecía flotar el espíritu de otro popular poeta desaparecido, el cantor de las vidas humildes François Coppee. "Fagus" era un tipo original sobremediano, a fuerza de no serlo. Vestía un desfilachado gabán dieciochesco, de gran cuello y bolsillos enormes, que decía haber sustraído de un rincón del antiguo Museo de Cluny. Calzaba una especie de botas de siete leguas que habían pertenecido al decir de él—a un verdugo parisino que vivió en el quartier de Belleville, el cual, acosado por recordamientos espantosos, puso fin a su inmovil vida arrojándose al Campo de Marte desde lo más alto de la Torre Eiffel. Famaba impertinente su enorme cachibola wügeriana, reclinado en sí mismo y ante un vaso de rubia uisqui.

Gustaba de leernos, a los alegres muchachos que poblabamos el Barrio Latino, versos absurdos que hablaban de Dios y de Luzbel. "Fagus" iba siempre descubierto, a pesar de sus años y del cielo llorante de París. Los cabellos espesos, de un rubio desvaído, se inclinaban en desorden hacia la nuca como un airon rebeldes caído en un momento de nostalgia y languidez. Su rostro interesante era una especie de gárgola de Notre Dame, capricho goyesco, donde brillaba el milagro de unos ojuelos azules que espacian sobre la barba faunesca un extraño resplandor de asombro e ingenua bondad.

"Fagus" era excelente cristiano, creía en Dios—nunca en los hombres—y esperaba otra vida mejor allá en la eternidad. Vivía en la rue Visconti, próximo a la maison donde reza una placa que murió Rabine. Era excelente amigo de Tristán Klingsor, el notable poeta, pintor y crítico francés. Abominaba de los versos cubistas de Jean Cocteau, y aun de los poemas de Max Jacob y Guillaume Apollinaire. Adoraba la técnica de la vieja escuela romántica y la defensa a diario, sin grandes voces ni terribles gestos ("Fagus" era de una dulzura infantil), en su tertulia de El Diván, la célebre librería de todos los extraños poetas que arriban a París. Había nacido sobre el año 1870. Sus primeros trabajos literarios aparecieron en La Plume, combatiendo la música de Wagner. No faltó nunca ni mucho aquella batalla, librada a punta de pluma, entre los partidarios y los detractores del gran Ricardo; pues lo que a él le interesaba era el gritar, cantar, escribir y dar a la imprenta su firma no-

vel, su acento juvenil y su arrogante estilo de auténtico poeta que nacía a la vida de las letras con un siglo de retraso. Llegaba entonces, y siempre, cargados los bolsillos de cuartillas sucias, escritas con tinta roja, donde él iba vertiendo, por los puntos de una stilográfica barata, gota a gota, poema a poema, toda la sangre de su pobre corazón enfermo de armónica nostalgia, de emoción y de melancolía.

Publicó numerosas obras, entre ellas recordamos: "Ixión", "Pas perdus", Testamento de sa vie priée", "Préface tranquille", "La danse macabre", "Le Clavecin", "La Devotion aux Princesses", "gardiennes", "Les Ephémères", "Aphorismos", "La Guirlanda a l'Épouse", "Colloque sentimental", "Joué de fleurs sur le pavé du Roi", "La Prière des quarante heures", "Jeunes fleurs" y "Le jeu-parti de Futille".

Cada obra de estas, escritas todas en un francés sencillo e elegante, es una prueba segura del talento creador de este poeta desentratado que muchos críticos no han tenido la avilantez de querer reconocer.

"Fagus" era como un naufrago perdido en aquel océano de lucos y pasiones que es París. Odiaba cordialmente la luz—no la luz que pedía Goethe al morir, sino la artificial, la moda, la publicidad y el gran progreso mecánico de nuestros días. Gustaba de pasear a solas, en el silencio nebuloso de las noches bohemias, por los altos de Saint-Michel y otros lugares de Montparnase. No era raro el hallarle por aquellos alegres parajes del Luxemburgo cuando salíamos—a las altas horas de la madrugada—estudiantes, escritores, modelos y artistas de las salas de baile del Bullier, "Leclan Noir" y "The Jokey".

La muerte de "Fagus" ha sido tan simbólica y original como lo fue su vida; el poeta de los boulevards ha sido víctima de ese mismo progreso mecánico que aborrecía, ha muerto arrollado por un camión. ¡Pobre "Fagus"! El avance técnico de los tiempos nuevos ha destruido tu cuerpo anciano, como antes malogró tu poesía de hondo sabor añejo. Eras un ser peregrino de otros tiempos más amables y tranquilos transplantado a este mundo de los altavoces, los aviones y la radiotelefonía.

Pero "Fagus" era cristiano, profundamente católico—la fe es el iris multicolor que irradia todas sus páginas.—y al morir trágico por la bestia de hierro, de fauces palpitantes y hiedras a gasolina, entre el ruido infernal de los duxons y el siniestro relampagueo de los rojos letreros publicitarios, sangrante sobre el asfalto y cara a las estrellas, balbució como un niño al que acaban de aligerar de una carga excesiva, superior a sus fuerzas, y al cejar para siempre sus ojos inmensamente azules:

—Merci, mon Dieu, merci!

José Sanz y Díaz

NUESTRAS PROXIMAS PAGINAS

La del día 28 estará dedicada a temas de Navidad : : : : La del día 4 de enero, será un homenaje al poeta Juan Ramón Jiménez : : : : :

PASTOR-plural

Regañera de la Higuera Verdál arriba, llegué hasta la ledera de "Lo Establecimiento".

La existencia de la mañana ya comenzaba a verdear, depurada, primitiva, tras aquella lluvia que cayó sobre el campo "como pera en tabaque", y cerró más con su humedad las puertas ya cerradas de los apriscos.

La montaña, porosa, respiraba humos cálidos desde lo más hondo de sus estalactitas. El agua la había bronceado de pronto y emblandecido, como el sol la doraba y endurecía.

Subí más, con el olor malo del cuerpo por compañía, queriendo olores buenos. Pisaba nieblas y saldorijas. Me embestaban de cuando en cuando aquellas, oscureciéndome, menoscabándome; pero en seguida me deslumbraba el sol; y cortaba el corrental de viento, revezado, completo, detallado hasta el pormenor.

Este yo mío, era un pastor sin ganado, marchando por los mismos lugares por que antes conducía mansedumbre, sencillez, lana.

Oí esquilas, tuve noticias de pastoria en el momento en que pensaba en ella con mi vida; vi aparecer, colgada de un filo, ya mi atención alerta y mis ojos corrientes, la blancura imprudente de una cabra, que se desprendía resiguante sobre un tajo siempre mortal y bello.

Tras aquella parte, pura, desolada, adiviné toda la unidad fraccionaria del rebaño. Que fué cobrando presencia, y con presencia bulto, y con bulto proporciones, armonías, blancuras inesperadas.

Y el pastor, el hombre monté, todo el ganado se derramaba desde el pastor en un pico. El pastor, punto de partida, desenlace del ganado. Al verlo, extraño, solo contra soledades, proyectado en sombra, mi perro le ladró como si fuera de la noche.

—¿Qué haces? ahí,—me gritó a mi él, con su voz, como un pedazo de sierra también, de dura, desnuda y combatiente.

—¿Qué haces? ahí,—le hizo repetir mi silencio, más cerrado, más duro.—¿No quisieras hablar?... —Lo que Dios y tú; ¡vagar!

—Es que el perro me espanta el ganado,—respondió a mi respuesta, como si me dijera: ¡vete!

El pastor, el otro yo, que no era de mí, me echaba. Me acometió casi un desconsuelo de adán expulsado. Tuve el sentimiento de que era yo quien me echaba, sin querer irme.—¡Vete, Miguel; vete de ti!

El, yo, él, yo, por un gesto involuntario de mi voluntad, sin querer, sin miedo, sin pensar que si él llevaba piedra en honda para lanzarla con un furor de círculos cantantes, yo llevaba un brazo ejercitado en azuzar guijos contra luceros, el que tenía que obedecer. Y obedecí, vencido doble. Podió por los dos Migueles que éramos él y yo.

Se quedó solo en su altura con su inocencia baladora y apenas en dispersión. Desde abajo aún le ladraba mi perro. Y cada peña al instante. Se multiplicaban los ladrados. La sierra parecía una gran jauría de romeros y hierbas dispuesta contra el pastor: el otro.

Me alejé a prisa por acallar el rebaño de rabia que me seguía, entre almechos desnudos. Ya no pude apurar sin retama las horas campesinas con la vocación de serenidad y alegría con que las había buscado.

MIGUEL HERNANDEZ GINER

TRANSCURSO

(A Norah Borges de Torre)

Al otro lado de este mundo, hay un coleccionista de manos fotografiadas. De manos de mujeres y de hombres que están en posesión de un arte. Como "ella" pinta, "él" ha retratado sus manos. —¡Iban y venían mis ojos por el canal de su estancia; encontraron el retrato alto, en un marco de azules, rojos, de unas manos esbeltas de grácil en reposo, y "ella" dijo: "son mías", clarando unas manitas que terminan en vuelo de alcaza.

Eran suyas, y en las mías creí yo ver acuarelas, oleos diminutos, rodillas de niñas que están en el mar, oídese de mí: recién corados de sus madres en llanto.

¡Cuántas manos que poseerán secretos de curadas vileradoras, de papel más blanco donde se escribía amor, y de aguas que huyen incansables en busca del Agua Grande, tendrá el hombre que retrata manos!

Todo el misterio de lo que "ella" pinta; dibuja, acaricia de color, se me reveló súbito. Por sus dedos corría Sangre de oleos no hechos aún, pero en trance de venir a la vida.

Siempre sostendrá aquel retrato un monólogo de serenas actitudes, cuando esas manos avanzan, corran como la Sangre de acuarelas que las nutre, pintarán las mías, pequeñas y laboriosas de poesía,

abiertas en sorpresa ante las manos del retrato?

Poema de las músicas solitarias.

Estamos dentro de muchas preocupaciones. El tiempo se gasta como las estrellas, y nosotros vivimos dentro del tiempo, cuando por las sienes cruza un viento pequeño, levantando el vuelo sosegado de recuerdos bien apacentados. Y brota una música, pálida, tímida virgen sin besos de ilusión. Suave, va creciendo: ahincándose, desdoblándose. Tiene rallo, hojas, y un rruco que sólo para nuestro silencio se abre, que sólo para nosotros huele, sale, despierta sus colores.

Ya ha tomado la música posesión de nuestro cerebro. Todo se borra en torno, ninguna idea se atreve a deslizarse. El torrente magnífico se precipita en aciertos que nos hacen sonreír con delicia. ¿Cómo era que no creíamos saber tan exactamente este volumen de sopidos, esta arrogancia musical?

Abrimos un paréntesis. Hacía afuera, la música se niega a verterse. ¡Es nuestra, sólo del silencio exterior, para lo hondo llamado del alma!

¿Quién, dónde, cuando lo oímos? Unas manos se entornan en el recuerdo. Pianos, violoncelos, graves y hermanos rios de vo. La frente del que salía los

LIBROS

"UN HOMBRE DE 30 AÑOS", por Manuel D. Benavides.

¿Es éste de Benavides, un libro revolucionario? Se ha calificado así por alguna crítica, pero yo tengo mis reservas. Lo evidente es que no tiene la pretensión de serlo. De haberla tenido, el autor hubiera dado al protagonista una rotunda afirmación ideológica que no tiene. Encarna sólo algo tan importante como esto: la indecisión sobre los hechos palpitantes de la República. La barca que perdió el timón sobre las olas enfierecidas. Además está el capítulo final del libro en el que Benavides reprueba lo que, de seguir los hechos como hasta hace poco, hubiera sido inevitable, esto es: la auténtica revolución.

El libro, más que novela, es el reportaje de una faceta, de un aspecto, de la llamada revolución española. No totaliza, el autor en la crónica, el ambiente de estos dos años de República. Se limita a expresar en escenas de vivo y hondo realismo, la fisonomía más fuertemente revolucionaria del bienio, y para ello sitúa al protagonista—a cuya responsabilidad arroja todo el sentido de los juicios y comentarios sobre el panorama político de España—en las zonas suburbanas del período constituyente, en aquellos sotabancos donde los juegos de palabrería y de audacia parlamentaria, iban encerrando el sedimento de una revolución posible; en aquellas galerías soterradas que ocultaban el filón cruento del que lo demás, en España, ha sido la emanación, denunciadora.

Y esto, como estamos viendo, no ha sido lo fundamental. Lo fundamental ha estado en la otra zona de la que surgió el movimiento auténticamente español, que permitió felizmente, que no se escribiera el último capítulo temido por Benavides. El mismo protagonista, al que los vientos malos de la suerte arrojaron, como a una pluma, en brazos de las agitaciones de la C. N. T. y de la F. A. I., no encuentra plena competencia en cuanto vive y, entre el chubasco de los acontecimientos—en los que a veces siente sincera inclinación hacia la conducta de las gentes que lo rodean—hay siempre, aun en tales momentos, un gesto de escepticismo y desgana.

Yo no temería calificar su psicología de reaccionaria. De reaccionaria en el sentido que hoy cabe la reacción: llena de humanidad y auténtica democracia. Fantasía plena de arrebatos poéticos;

designios de los instrumentos. El día, la noche, la aurora en que oímos esta, aquella música... Y nuestro corazón, acompañado, cierto, exacto de emoción.

Nuestro lanzamos al gozo divino que solo nuestro cerebro puede reconstruir. Mares de música, islas de música, cordilleras de músicas, ¡cataratas de músicas nos rebalsan el alma!

Y estamos solos, erguidos de sabiduría solitaria, conciencia de la Belleza eterna solitaria de las músicas.

Allá va mi corazón temero de sonos que para mí digo siempre, a la cima del puro delta donde aguardan otras músicas bien encendidas.

Carmen Conde

corazón henchido de generosidades nobilísimas, busca en aquel sector social que él juzga dolorido por la opresión egoísta y sojuzgadora de todo noble impulso de las clases poderosas, la encendida llama de una doctrina igualitaria y salvadora; llama nutrida de brasas de ideal puro; pero sólo encuentra... lo que quizás antes, y tantas veces, viera y censurara en zonas más altas, desde la redacción en que trabaja: rivalidades, odios, ambiciones. Y algo más reprobable: agresividad amarga, horra de justificaciones sanas, a todo lo existente en el organismo social. Y el desengaño llega al fin, y precisamente allí, donde creyó hallar unidas las fibras pujantes del ideal socializador y del ensueño amoroso, como inefable arrullo de las inquietudes del corazón.

El autor, que ha sabido crear magistralmente los caracteres de sus personajes—que actúan con bulto y vida propia—que ha desenvuelto la novela con emoción e interés limpios de embelecados episodios, no ha sabido sustraerse a las concesiones efectistas del momento, y ha puesto en estas páginas como un aliento de simpatía que substancia la acción con aprobaciones apasionadas, en las que a veces saltan, latiguillos efectistas, como, por ejemplo, al tratar de la quema de conventos y del complot del 10 de agosto. Cosas que a mi juicio no eran necesarias si se trataba sólo de historiar un proceso de la vida de España, y que encajados en la seria arquitectura de una narración literaria, son como hojarasca y carátula que la contaminan de un barroquismo plebeyo.

Tanto más, cuanto como se verá por lo que ya dicho, no se trata de una obra de intención dogmatizadora, más o menos heterodoxa, sino que se pretende sólo dar expresión viva a este movimiento anarco-individualista, real y existente, como hemos visto en la reciente intentona magrada.

El autor, escritor correctísimo y ágil, periodista ilustre, ha sabido llevar a estas páginas de manera insigne todo el proceso oculto y enardecido de las organizaciones proletarias que engrasaban a cuenta de los errores gubernamentales prieto-azulistas, y aporrea Elytas y declaraciones, e intentos de interés tomados en el seno de las mismas. A mi juicio, lo más interesante de la novela, ya que suponen una aportación valiosa para la determinación histórica de estos dos años primeros de la República.

Manuel D. Benavides, aparte estas objeciones nacidas de un juicio absoluto opuesto al que alienta su novela, se muestra en ella, como antes digo, el fuerte y ameno narrador de siempre, logrando en "Un hombre de 30 años" aciertos de novelador insigne, y creaciones maestras como el personaje central, que es la expresión auténtica de tantos hombres de 30 años llenos de anhelos e intenciones fecundas y nobles; pero que extáticos ante la desorientación de una época en barbecho, no hallaron lugar ni momento donde verter, afirmándola, su siembra ilusionada.

Raimundo de los Reyes

Madame Récamier y el conde de Forbin

Por MAURICE LEVAILLANT

En los últimos años del Directorio y durante los brillantes inviernos del Consulado, era un espectáculo arrebatador el de la danza de Madame Récamier; en modo alguno la prodigaba ella. Para ciertos privilegiados, en salones donde los invitados, aquellas tardes, se apretaban, pero más preferentemente en su propio salón de la calle del Mont-Blanc, ejecutaba por sí sola los pasos de una gavota entonces famosa. Al parecer la había inventado Madame de Krüdener y con ella, Madame Tallien la había puesto de moda. La "divina Julieta", como ya se decía, la renovaba imprimiéndole el encanto de una gracia a la vez voluptuosa y pudica. Era la danza del Mal, que Madame Staël iba pronto a difundir en Corina.

Vestida de rosa y de blanco, sus cabellos de un rubio ceniciento perdidos en una melisina, Julieta avanzaba con una sonrisa tímida y saludaba a la asamblea con las dos manos. Después, "volviéndose ligeramente sobre sí misma", agitando con la punta de los dedos un echarpe que tomaba sucesivamente la forma de un cinturón, de un corintaje, de un velo, y todos los aspectos cambiantes de una nube, desarrollaba las escenas de una especie de pantomina donde alternaban la precisión y la molición de las actitudes. Transportaba a "todos los testigos de esta danza mágica, a una existencia ideal donde se sueña con una felicidad que no es de este mundo". En este "momento supremo", un alfiler hábilmente deslizado de su cabeza, hacía ondular en torno de ella "las olas de su larga cabellera". Se detenía un poco jadeante para retirarse a su "boudoir". Allí, envuelta en los pliegues de un peinador blanco y rosa como su vestido, se arrojaba en una otomana. Al resplandor favorable de lámparas medio veladas, diosa envuelta por una bruma de oro, recibía, enrojecida, los cumplimientos de sus adoradores.

Entre tantos devotos—¿podrían ya contarse?—figuró varias veces el joven barón de Forbin, gentilhomme amable, y por lo demás muy amado, dotado para las artes y las letras, y que paseaba entre los salones un ingenio a veces caustico, siempre brillante. Comentaba en alabanza de Madame Récamier la palabra que el caballero Boufflers había inventado para Madame Tallien: "jamás se ha visto a nadie danzar con los brazos". Admiraba a la bailarina y unos diez años más tarde se prendió locamente de ella. Las cartas que escribía a Madame Récamier, desconocidas hasta ahora, van esta semana a figurar en una venta pública. El catálogo de esta venta proporciona de ella extractos muy curiosos, que una amable benevolencia nos ha permitido enriquecer con varias citas complementarias. Contiene también la relación, muy pintoresca, de una visita que el escritor Bonilly hizo en el mes de febrero de 1804, a la deidad de la danza y de las gracias. Para las cartas de amor del conde de Forbin no se podría soñar pretacio más oportuno.

El poeta alemán Kotzebue acababa de pasar seis semanas en París. Madame Récamier lo había conquistado con una mirada. Apenas regresó escribió un artículo

en alabanza de su bella anfitriona. Lo envió a su amigo Bonilly, a quien encargó de llevarlo por sí mismo a la calle del Mont-Blanc con una carta. Esta comisión que debió alegrar al honesto y sensible Bonilly? ¡Ay! Le molestaba. No conocía a Madame Récamier, sino solamente a los enemigos de aquella lindísima mujer. En una palabra, estaba "prevenido contra ella": "la creía lo que estaba ella muy lejos de ser". Temía afrontar a la sirena. Se armó de pensamientos rigurosos y de reflexiones severas antes de abordarla.

Pero el milagro de la gracia y de la sonrisa, se operó una vez más: "He encontrado, escribe el hombre austero todavía penetrado por la emoción, he encontrado inocencia sin presunción, gracia en todo y por todo, sencillez, hasta—y sobre todo—bondad, cosa a la cual me atengo esencialmente. No me he podido contener diciéndole que no esperaba encontrar tantas amables cualidades reunidas, y que con su rostro y la aureola que lo rodea, podía dispensarse de ser también una mujer buena. Ella me ha respondido con esa sonrisa acariiciadora que vos conocéis: —Que queriendo tener en su vejez amigos que no debiera en nada al prestigio pasajero de la belleza, se estudiaba sin cesar en lo necesario para que se la llamase una mujer buena." Encañoradora confesión, recogida al vuelo, y que alumbra la estrategia femenina de Madame Récamier. En cada enamorado veía ella un amigo futuro. Temiendo las tempestades de las pasiones preparaba de lejos para las bonanzas de las amistades, un abra segura a su vejez. La dulzura y la bondad le parecían una situación más sólida que el amor. Bonilly, en la tarde del 5 ventoso del año XII, salió de su casa contento de no tener más que admirar: "Mañana cenar en su casa y por la noche me encuentro en un gran baile donde ella danza la gavota. Se dice que en esta danza, en este momento del gran tono, se parecen dos lágrimas de rocío, a Venus pública."

Nieve o diez años más tarde la diosa ya no danzaba. Bajo la cólera de Júpiter. En Roma volvió a encontrar al barón de Forbin, ya célebre por sus diversos talentos y que pagaba con un medio destierro el escándalo de un amor demasiado ruidoso por la hermana de Napoleón, la radiosa y fácil Paulina, princesa Borghese. Chateaubriand lo había encontrado en Ginebra en la cumbre de su triunfo, orgulloso de "pasar en sus miradas la dicha interior que le inundaba", y de "tener en sus manos poderosas el corazón de las princesas". En 1813 estaba cansado de tales triunfos. Conquistado por la dulce y angélica belleza de aquella a quien había visto en otro tiempo, danzar agitando el velo de las ilusiones, pedía a su corazón un encanto más sosegado y más profundo. No tenía más que treinta y seis años y "una estatura elevada, una desenvoltura elegante y noble, ojos hermosos, rasgos regulares, constituyendo lo que se hubiera llamado en la antigua corte un hombre cabal". Habló tímidamente y recibió la respuesta ordinaria: No se le desanimaba, dejándole un poco de esperanza. Por lo demás, sus aventuras suspiraban "una desconfianza muy perdonable". Que ganase el derecho de ser llamado, desde luego, un amigo.

Durante poco más de un año, hasta que la Restauración la llama a París, Madame Récamier se dedica a Roma y Nápoles. Las cartas de Forbin la encuentran a orillas del golfo encantador. En la primera, fechada el 26 de marzo de 1813, gemía él de no ser su guía. "Hubiera querido disfrutar con vuestra sorpresa cuando ese hermoso golfo de Gaeta, cuando por fin el de Nápoles, cuando esos horizontes tan mágicos se hayan desplegado ante vos. Vuestra alma debe sentir todo el encanto de esa

naturaleza rica, pródiga en todo género de sensaciones. Pro y no he nacido más que para las privaciones..."

Poco a poco se vuelve exigente, se queja de las cartas demasiado raras. El 24 de febrero de 1814 afirma: "Traducido todo lo que he dicho, por estas pocas palabras, que son el único pensamiento de mi corazón: mi vida es de vos, sois y seréis siempre el fin, el móvil de todas mis acciones..."

Estas cartas de Italia, en las cuales poco a poco crece la llama, datan del período heroico y encantador de su amor.

En el otoño siguiente, Madame Récamier se restituyó a París, a su salón, a sus amigos, y halló como una renovación de fama y de esplendor. Acercó Forbin y desde el primer paso tropieza con un rival en verdad, inesperado: con Benjamin Constant. La pasión del antiguo amigo de Madame Staël por Julieta está entonces en todo el exceso paródico de su novedad; le escribe carta a diario, y casi a diario también encuentra en el salón de su ídolo el "gran cable" y el gran aire de M. de Forbin. Los dos hombres se tosen apretando los puños. Y después, donados por una mirada de su común divinidad, se tienden la mano. Hay cartas de Benjamin: "Creeréis fácilmente que la presencia de M. de Forbin me producía molestia, y que no tenía yo fuerza para sufrir que os halláseis con él. Pues bien: apenas hubisteis hablado algunos minutos, cuando nuestro amigo operó en mí..."

Está su Diario: "Larga visita de M. de F... Nuestras relaciones son raras. "Ella" se entretiene más conmigo pero no renunciará a él por mí. Y se establece entre nosotros una especie de trío tragicómico". Forbin al mismo tiempo escribió a Julieta? ¿Quemó ella sus cartas? Nada subsiste de esta época. El desenlace se conoce por una confidencia del mismo Benjamin: "Lo que me perjudicó fué el gran cable de M. de Forbin. Entonces quisé hacer muestras de rendimiento. Volví a mi casa y escribí el artículo del "Journal des Débats". Era el famoso artículo de 19 de marzo de 1813 que comparaba a Napoleón. El cable de M. de Forbin, si hubiese sido más corto, si hubiese hecho menos ruido en el salón de Julieta, la suerte de Benjamin Constant hubiese cambiado y su memoria no hubiese sido calumniada con una acusación de polinodía."

Pronto, sin embargo, M. de Forbin, convertido en Conde, fué nombrado director de los Museos nacionales y encargado de una misión que le retuvo largos meses en Grecia, en Levante y en Egipto. Madame Récamier no fué, sin duda, ajena a esta doble muestra del furor real. Durante su viaje Forbin le escribió cartas ardientes y desesperadas. Ella no le contestó, pero le acogió amablemente al regreso. Había llegado al extremo de su ardor: en puesto del amor aceptaba decididamente la amistad. "...Teneis lo que sobrevivirá de mí; mi alma os quiere". Frecuentó dulcemente la Abbaye-aux-Bois, admiró décilmente a Chateaubriand y a Ballanche. En su última carta, datada el 21 de mayo de 1839—había de morir dos años más tarde—un suspiro melancólico se escapaba todavía de su viejo corazón. "Mi hija tiene la cabeza trastornada con vos, mi yerno lo dice más bajo, pero no piensa en ello menos. Esto será, no lo dudo, un mal hereditario."

Esta historia de un amor siempre fiel, siempre inescuchado, ¡qué homenaje a los prestigios misteriosos y a la habilidad suprema de la "divina" Julieta!